

# **CONCEPCIÓN MARTIANA DEL INDIO AMERICANO Y EL DEBATE HISTÓRICO CONTEMPORÁNEO CON LA JUVENTUD.**

**MsC. Concepción Lucía Romero Pérez**

*Universidad de Matanzas “Camilo Cienfuegos”, Vía Blanca  
Km.3, Matanzas, Cuba.*

## **Resumen.**

La monografía recoge un análisis de la concepción del indio americano desarrollada por el Maestro en los trabajos que publicara en diferentes órganos de prensa durante la década de 1880. El objetivo consiste en brindar a la juventud universitaria una muestra de cómo la historia para José Martí constituyó una vía de preparación política de sus contemporáneos, un arma esgrimida con el propósito de despertar la necesidad de participación patriótica en el proceso revolucionario, cuya continuidad estaba gestándose. Con la monografía no se pretende agotar el tema, más bien incentivar la lectura y el estudio de la obra martiana, en especial sobre esta temática rica en enseñanzas, para que los jóvenes puedan comprender y apoyar el proceso que hoy cobra gran actualidad en el entorno latinoamericano, cuando las masas indígenas se enfrentan a nuevos retos y marchan hacia la verdadera soberanía y respeto de su identidad.

*Palabras claves: Indio americano; concepción martiana del indio.*

## **Cuerpo de la monografía.**

### *Introducción*

Entre los retos que tiene la sociedad cubana se encuentra la formación de las jóvenes generaciones. La universidad cubana tiene la misión de formar profesionales revolucionarios capaces de apegarse a los más puros valores, capaces de pensar, de saber valorar la realidad, y de sentir por las causas más justas.

En los momentos actuales las universidades están siendo centro de ataque ideológico enemigo, por lo que representan en la formación del presente y del futuro de la patria. El conocimiento por los jóvenes del pensamiento martiano es sin dudas una vía para contribuir a formar y fortalecer los valores que han asumido.

La historia para José Martí constituyó un arma ideológica de la política revolucionaria. Supo acudir a ella y divulgarla como reconocimiento y vía para contribuir a formar a los hombres de su tiempo en la identidad americana, propósito que tuvo su expresión en el acercamiento al indio, al quedar plasmada de modo explícito en diferentes obras su visión de nuestros aborígenes. Con el tratamiento que dio al tema no sólo dejó clara su posición respecto a la utilización de la historia para el análisis de la realidad del momento en que vivió, sino también mostró el profundo conocimiento que poseía sobre las raíces de las tierras de América, no sólo de la que denominó Nuestra América, sino también de la otra, la América Ajena. Legó una prosa poética, que conmueve al lector, brindó numerosas ideas acerca del pasado y de lo que fue el presente del indio en el momento histórico en que le tocó vivir, y lo hizo con respeto y reconocimiento, describiendo y valorando su arte, sus tradiciones y costumbres, sin dejar de mostrar indignación al referirse a los horrores cometidos por el conquistador extranjero, contra ellos.

*La década de 1880 y el indio americano en la obra martiana*

En la década de 1880 José Martí escribió en Nueva York, diversos artículos que tratan acerca de los indo-americanos. Si se sigue una trayectoria cronológica es posible extraer la esencia de su pensamiento y comprender su visión de aquellas culturas.

Desde la Lectura en Steck Hall, New York, 24 de enero de 1880, defiende al indio contra los infundados temores de su barbarie, más tarde analizada como resultado de la vileza de los conquistadores sobre su raza. Desde aquí se observa una idea recurrente que esgrime respecto a cómo el tratamiento que se da al indio lo despoja de su personalidad natural. Con elocuencia se refiere a su participación en las luchas bolivarianas, sobre la que plantea: “Pero los fatídicos anuncios no se realizaron; los indios no vinieron como torrentes desbordados de las selvas, ni cayeron sobre las ciudades, ni quemaron con sus plantas vengativas las yerbas de los campos, ni con huesos de blancos se empedraron los zaguanes de las casas solariegas. Ni una sola tentativa, ni un solo rugido de cólera turbaron la paz de los difíciles albores. De viejos males vinieron los males nuevos,— que no de la venganza ni de la impaciencia de los indios”.

El trabajo *Antigüedades mexicanas* publicado en *La América*, Nueva York, en junio de 1883, resulta una crónica, en la que José Martí resalta el hallazgo arqueológico que califica de notable, realizado en Veracruz, de una “colosal piedra en la que en perfiles huecos está esculpida una gran figura de indio, que tiene al pie un pescado y un conejo, como en símbolo de la caza y de la pesca, y en la mano la flecha tendida”. Sirve esta ocasión para expresar el conocimiento que tuvo el autor acerca de la cultura maya, sobre la que más tarde recreará su pensamiento en otros escritos, como los incluidos en la revista *La Edad de Oro*.

Menciona en esta crónica alguna de las leyendas mayas, se llega a cuestionar si esta cultura estaría en posesión de conocimientos sobre la electricidad para cursar mensajes, describe los palacios de Chichem y hace mención de un hallazgo anterior, al referirse a la “colosal estatua de un personaje indio” denominada por uno de sus descubridores *Chac-Mool*, el Rey Tigre, a la que describe con exquisito detalle que denota su admiración. Y reconoce la valía de la ciudad de Uxmal y sus tesoros culturales para la conformación de la historia americana.

*Arte aborigen* (*La América*, Nueva York, enero de 1884) es una reseña breve, según palabras de su autor, que Martí escribe sobre la exposición de manufacturas de indios, realizada en la fiesta de artes organizada en beneficio de la obra del pedestal de la Estatua de la Libertad, diseñada por el escultor francés Frédéric-Auguste Bartholdi, donada por Francia para conmemorar el centenario de la independencia estadounidense.

La reseña muestra la situación en que se encontraba el indio en Norteamérica, desapareciendo, a diferencia del de Centro y Sur América, donde según valora, se mantiene, aunque expresa “sin la atención que requiere y merece”, y entonces lanza su anatema: “O se hace andar al indio, o su peso impedirá la marcha”. José Martí concibe al indio en la raíz de la cultura americana y este reconocimiento conlleva a abogar porque se le conceda un tratamiento digno, que lleve implícita su emancipación, como parte de la emancipación americana.

En ésta y otras obras al referirse al aborigen lo califica reconociendo su capacidad artística y las cualidades de su personalidad, como “discreto, imaginativo, inteligente, dispuesto por naturaleza a la elegancia y a la cultura”. Perfila el arte moderno de las tribus norteamericanas cuando resalta su adornada vestimenta de pieles, sus trabajos de cerámica, sus esculturas y las flechas de sílex.

Cercana en el tiempo, en abril de 1884, La América, de Nueva York, recoge la prosa martiana a través de El hombre antiguo de América y sus artes primitivas. Aquí se refiere al indio como raza noble e impaciente. Ejemplifica estableciendo la comparación de éste con otros pueblos como el germánico o el sajón, el francés o el italiano, y dibuja al aborigen americano en sus diversos estadios de desarrollo, como pueblos en ciernes o pueblos en bulbo sobre los que descargó el conquistador su técnica superior, la que considera “fue una desdicha histórica y un crimen natural”.

En el propio mes de abril de 1884, Martí publica Autores americanos aborígenes. Con ello ensalza entre otras, el Chilam Balam, libro sagrado maya, las odas de Netzahualcoyotl, soberano chichimeca que compuso numerosos cantos y poemas en los que planteaba profundos problemas filosóficos, o los dramas peruanos sobre el tema incaico, entre otros.

Martí se cuestiona ¿(...) cómo pudiera ser que, contra la ley universal, no tuviese la Literatura indígena las condiciones de esbeltez, armonía y color de la Naturaleza Americana? Al responder expresa su convicción de que: “—Y esto no lo vemos sólo los que amamos a los indios, como a un lirio roto”...

Reitera una vez más la idea de reconocer en el indio la identidad americana y que a éste lo siente suyo, aún cuando difiera en su ascendencia, que es la del español, porque según esboza: “El espíritu de los hombres flota sobre la tierra en que vivieron, y se le respira”. José Martí se muestra convencido de que: “La inteligencia americana es un penacho indígena”. Sabe que América no podrá obviar al indio en su desarrollo, de nuevo pregunta: ¿No se ve cómo del mismo golpe que paralizó al indio, se paralizó a América? Y a continuación reafirma: “hasta que no se haga andar al indio, — no comenzará a andar bien la América”.

En su argumentación de reconocimiento Martí compara la obra de los griegos con la de los indios americanos y resalta al americanista Daniel S. Brinton, quien según expresa supo recoger en sus estudios la magnitud de la cultura aborigen.

Las Escenas Norteamericanas muestran el tratamiento diverso que José Martí dio a los aborígenes de Estados Unidos. En 1885 se refiere al descontento de los cheyenes y evoca la rebelión que protagonizaron en 1878, motivada por la desatención del gobierno, que los indujo a la guerra. En su estilo inquisitivo lanza una nueva interrogante “cómo no se habían de sublevar los cheyenes, si los agentes del gobierno en las reservas de indios, les robaban, los esquilaban, los sometían a trabajos inicuos, les negaban la medicina y el alimento”. Denuncia los desmanes cometidos por los empleados del gobierno quienes se distribuyen los fondos destinados para la atención de los indios sometidos, mediante el pago de contratos para la construcción de escuelas, pago de tierras, aprestos de cultivos,

medicamentos y raciones, con que se compensaban las tierras cedidas de mal grado por las tribus (La Nación, 20 de agosto de 1885).

También en el documento referido imputa cómo a los cheyenes del norte los sacaron de sus hogares y los llevaron junto a los del sur, a territorio indio, al respecto escribe: “Al año, se huyeron, saqueando a su paso.” Expone la justificación de esta actitud del indio cuando argumenta: “Cómo no, si morían uno sobre otro de malaria, y semanas enteras había, en que no se les daba un medicamento; si en vano se quejaban de que les habían traído de sus hogares fríos y sanos, en que prosperaba su naturaleza, a una tierra ardiente y pestífera donde se secaban los senos de las madres, y la piel no servía más que para dibujar los huesos de los pequeñuelos; si el gobierno contrató con ellos pagarles por su tierra, entre otras cosas, con raciones, y los gentes se negaban a darles las raciones que eran suyas por contrato, y su único recurso de alimento, a menos que no acabasen un trabajo rudo que no tenían obligación de hacer”.

Al comparar la proporción cuantitativa de la población india de Estados Unidos con la de Nuestra América, rememora los abusos cometidos por los conquistadores y colonizadores españoles, y acude a la responsabilidad compartida al volver a cuestionar: “pero nosotros, ¿cómo podemos andar, historia adelante, con ese crimen a la espalda, con esa impedimenta?”

Resalta la organización social lograda por los cheroqueses, sus tribunales, con jueces electivos, sus escuelas, el empleo del dinero público; distingue su educación, que incluye la construcción de escuelas cada trece niños, el pago a los maestros y la compra de la vestimenta de los estudiantes por el gobierno cheroqués. Reconoce como positiva la manera en que distribuyen las tierras de cultivo para evitar el ocio y termina destacando que entre los setenta mil cheroqueses, no hay ningún mendigo.

Una breve referencia a la situación de inquietud del indio en el Oeste, a duras penas contenidos por las tropas del general Sherman, aparece en La Nación el 20 de septiembre de 1885, cuando Martí se refiere a la convulsa situación del país.

El 3 de octubre de 1885, de nuevo La Nación publica un texto martiano, en el que su autor retoma el problema del indio, se refiere a la justeza de sus peticiones y a la contención de la guerra por gestiones del gobierno. En su análisis reconoce y denuncia. Registra y describe la actitud del indio ante la defensa de su causa, de acuerdo con su idiosincrasia y plantea: “Piden con moderación; sufren con paciencia; aconsejan con juicio; pelean con bravura”. Denuncia cuando declara: “Pero acá rum y allá hambre, acá prisión y allá castigo...”.

El 4 de diciembre de 1885, La Nación publica Los indios en los Estados Unidos, una de las Escenas Norteamericanas en que José Martí escribe acerca del sentido y propósito de la convención de Lake Mohonk, momento que aprovecha para plantear cómo los abusos y atropellos de que ha sido víctima el indio durante cien años lo ha desnaturalizado, tesis a la que se refiere en más de una ocasión a través de sus artículos y menciona numerosos ejemplos del despojo: cuando son obligados a ceder su tierra, los trasladan territorialmente, los obligan a trabajar en tierra ajena, les compelen a aprender otra lengua. Cataloga el lugar donde son confinados los indios como potrero humano. Dice al respecto Martí: “El indio es

muerto: con este sistema vil que apaga su personalidad...” y responsabiliza al gobierno de tales villanías.

Martí divulga la solución al problema del indio planteada en Lake Mohonk: el respeto a sus derechos como hombres; la abolición del sistema injusto de las reducciones para que puedan poseer tierras en los Estados de la nación, el goce de derechos ciudadanos y el cumplimiento de sus obligaciones; la abolición del pago de anualidades, que fomenta el ocio; la educación de acuerdo a sus necesidades y capacidades, entre otras.

El 16 de febrero de 1886 La Nación publica otro texto martiano en el que se reconoce el mérito del informe presentado por el Secretario del Interior, Lamar, quien con dramático realismo expone el problema del indio. Martí destaca la integridad del político cuando plantea: “Pero, en la tierra, según se sabe, hay más ratones que águilas... Lamar es de las águilas: y su informe ha sido tan cauto, tan claro, tan apegado a lo real, tan conforme a los problemas prácticos que estudia...”

En la revista dedicada a los niños La Edad de Oro, de la cual salieron a la luz cuatro números en Nueva York, en los meses de julio, agosto, septiembre y octubre de 1889, José Martí de nuevo hace referencia al tema del indio, en ocasiones, con ideas que intercala entre otras temáticas, pero sobre todo con trabajos cuyo tema central lo destaca.

Una vía utilizada por el Maestro con el propósito de destacar la cultura de los indios americanos, que trasmite a quienes leen primer número de la revista La Edad de Oro, aparece en el trabajo El juego nuevo y otros viejos. Reconoce la creatividad que caracteriza al hombre más allá de su raza o del área geográfica donde haya nacido, cuando plantea: “Los hombres de todos los países, blancos o negros, japoneses o indios, necesitan hacer algo hermoso y atrevido, algo de peligro y movimiento, como esa danza del palo de los negros de Nueva Zelanda”. La recreación de la danza neozelandesa le sirve de puente para hacer referencia a la que practicaban los indios de México, a la llegada de los españoles.

Presenta entonces a los indios mexicanos como muy finos y trabajadores, desconocedores de la pólvora y las balas. Con admiración resalta cómo era su ciudad, a la que describe como de plata, a la cual labraban “con tanta delicadeza, como en la mejor joyería”. Califica a estos indios de “ligeros y originales” tanto en sus juegos como en sus trabajos. A continuación detalla cómo realizaban la danza del palo, incluyendo la aclaración de que los propios indios tejían la sogá a la que llamaban “mecate”.

También esboza los equilibrios que los indios hacían con el palo, que Martí imagina de grandísima dificultad, considerando superior la habilidad que éstos tenían respecto a los moros en este tipo de juego. Al final brinda a los niños la información acerca de que los indios poseían su ajedrez, sus jugadores de manos, sus come-candela y la pelota, cuyas descripciones plantea dejar para otro día.

Ya en el segundo número de La Edad de Oro plantea a los niños una idea que hoy forma parte de los análisis que se realizan con la juventud, a la cual se refirió la prestigiosa intelectual Graciella Pogolotti recientemente, en su trabajo Para dialogar con los jóvenes, (Consultado en: <http://www.juventudrebelde.cu/cuba/2010-02-13/>) reiterando la idea del también intelectual revolucionario Raúl Roa, respecto a que “los jóvenes siempre son los

mismos, lo que cambia son las circunstancias”. Y José Martí para describir cómo vivían los hombres en distintas partes del mundo, en La historia del hombre contada por sus casas, había dejado plasmado: “Estudiando se aprende eso: que el hombre es el mismo en todas partes, y aparece y crece de la misma manera, y hace y piensa las mismas cosas, sin más diferencia que la de la tierra en que vive (...) Y otra cosa se aprende, y es que donde nace el hombre salvaje, sin saber que hay ya pueblos en el mundo, empieza a vivir lo mismo que vivieron los hombres de hace miles de años”. Se refiere en esta ocasión a cómo viven los indios en la cuenca del Orinoco en la América del Sur, en ciudades lacustres, similares a las que había cientos de siglos atrás en los lagos de Suiza o cómo el indio norteamericano vive en una tienda de pieles, semejante a la que los hombres del neolítico levantaban en los desiertos.

No pierde la oportunidad de destacar la superioridad constructiva de los indios peruanos y mexicanos respecto a la de aquellos hombres europeos que vivían en la edad de bronce. Con la palabra representa las casas de los peruanos de mampostería, dos pisos, ventanas muy en lo alto, sus puertas anchas, su corniza de piedra tallada y específica “de trabajo muy fino”. Al referirse a la de los mexicanos destaca su ornamento, por encima de su fortaleza, con las figuras de aquellos en los que creían, en escalones que construían en el techo, sus paredes de piedras labradas, las vigas interiores labradas y las canales de curva graciosa por fuera, “como imitando plumas”. Y deja correr su imaginación al plantear: “de lejos brillaban las casas con el sol, como si fueran de plata”.

El trabajo Las ruinas indias comienza con un largo párrafo que en sus inicios expresa el pensamiento martiano de que: No habría poema más triste y hermoso que el que se puede sacar de la historia americana. No se puede leer sin ternura, y sin ver como flores y plumas por el aire, uno de esos buenos libros viejos forrados de pergamino, que hablan de la América de los indios, de sus ciudades y de sus fiestas, del mérito de sus artes y de la gracia de sus costumbres. Invitación a la lectura para llegar a la raíz.

El Maestro describe los diferentes estadios de desarrollo en que se encontraban los pueblos aborígenes.

- Unos vivían aislados y sencillos, sin vestidos y sin necesidades, como pueblos acabados de nacer; y empezaban a pintar sus figuras extrañas en las rocas de la orilla de los ríos, donde es más solo el bosque, y el hombre piensa más en las maravillas del mundo.
- Otros eran pueblos de más edad, y vivían en tribus, en aldeas de cañas o de adobes, comiendo lo que cazaban y pescaban, y peleando con sus vecinos.
- Otros eran ya pueblos hechos, con ciudades de ciento cuarenta mil casas, y palacios adornados de pinturas de oro, y gran comercio en las calles y en las plazas, y templos de mármol con estatuas gigantescas de sus dioses.

Resalta la originalidad de sus obras. Caracteriza a nuestros antepasados como inocentes, supersticiosos y terribles. Los concibe como raza artística, inteligente y limpia. Se refiere a que se leen como novelas las historias de los nahuatlés y mayas de México, de los chibchas

de Colombia, de los cumanagotos de Venezuela, de los quechuas del Perú, de los aimaraes de Bolivia, de los charrúas del Uruguay, de los araucanos de Chile. (México, Colombia, Venezuela, Perú, Bolivia, Uruguay, Chile). Aspectos como gobierno, religión, guerra, arquitectura, industria, poesía, no quedan sin referencia. Recrea sus leyendas. Reconoce sus culturas.

Las descripciones que hace de Tenochtitlán y otras ciudades de México asombran por sus detalles. Al leerlas se puede conocer acerca de las actividades económicas fundamentales que realizaban sus habitantes, su estructura social, sus costumbres, el desarrollo que habían alcanzado en las construcciones y en el arte, así como la destrucción causada por los conquistadores.

También describe las ruinas mayas con profusión de datos que sólo puede manejar un experto historiador y se interroga: “¿Adónde ha ido, adónde, el pueblo fuerte y gracioso que ideó la casa redonda del Caracol; la casita tallada del Enano, la culebra grandiosa de la Casa de las Monjas en Uxmal?”, y concluye con admiración “¡Qué novela tan linda la historia de América!

El tercer número de la Edad de Oro brinda un texto importantísimo para adentrarnos en el conocimiento y respeto que sentía José Martí por los aborígenes y por aquel que abrazó su defensa: Bartolomé de Las Casas.

En El Padre Las Casas, a través de la historia del batallar del insigne religioso, José Martí denuncia la ferocidad con que el conquistador arremetió contra el indio, sin respeto a su integridad física y psíquica ni a su cultura y destaca la actitud de aquellos, que preferían el cimarronaje, aquellos a los que llamó “indios de honor”, mientras que a los españoles los califica como “hombres crueles” que trataban al indio como esclavos. Y destaca la actitud del cura español que defendía a los indios, aún poniendo su vida en peligro, su sufrimiento y arrepentimiento por haber aconsejado que para que realizaran los trabajos que requerían los españoles, se utilizaran negros de África, por ser más resistentes, quienes fueron condenados a la esclavitud.

Siguiendo la lógica de denuncia en el Discurso pronunciado en la velada artístico-literaria de la Sociedad Literaria Hispanoamericana, el 19 de diciembre de 1889, a la que asistieron los delegados a la Conferencia Internacional Americana, José Martí describe los métodos empleados por los conquistadores y colonizadores, la crueldad que significaron las encomiendas y el proceso de conversión forzosa a la religión del español, en aquella la Madre América. Con este pronunciamiento se cierra una década de análisis riguroso del tema del indio, el cual retomará en los años siguientes.

### *Conclusiones*

Al resumir lo planteado, se observa en la obra martiana la importancia que le concedió al estudio de la historia americana desde sus albores y cómo la divulgó en sus trabajos dirigidos a niños, jóvenes y adultos y la usó en los momentos en que se gestaba una nueva etapa de lucha por la independencia de Cuba del yugo español. No sólo en su empeño describe, sino que valora el papel del indio en la historia americana, la importancia de su obra y de la cultura que representa.



José Martí deja clara su posición respecto a la utilización de la historia para el análisis de la realidad del momento en que vivió, así como el profundo conocimiento que poseía acerca de los aborígenes, no sólo de la que denominó “Nuestra América”, sino también de la “Otra”, la “América Ajena”.

Resalta el valor cultural de sus hallazgos arqueológicos. Menciona sus leyendas, se refiere a sus cantos y poemas (Chilam Balam, odas de Netzahualcoyotl, entre otros).

Describe sus ciudades y palacios, sus actividades económicas fundamentales, su estructura social, sus costumbres, el desarrollo que habían alcanzado en las construcciones y en el arte, y evalúa la destrucción causada por los conquistadores.

Caracteriza su personalidad en la que reconoce cualidades por ser discreta, imaginativa, inteligente, dispuesta por naturaleza a la elegancia y a la cultura.

Valora la superioridad constructiva de los indios peruanos y mexicanos respecto a la de aquellos hombres europeos que vivían en la edad de bronce.

Resalta la originalidad de sus obras. Aspectos como gobierno, religión, guerra, arquitectura, industria, poesía, no quedan sin referencia.

Reconoce su papel en la identidad americana y denuncia a quienes por la fuerza trataron de borrar esas páginas de la historia americana. Cataloga a la Conquista de América como una desdicha histórica y un crimen natural.

### *Bibliografía*

Martí Pérez, José. Obras Completas. Editorial Nacional de Cuba, La Habana, 1965. Tomos No. 2, 4, 5, 10, 18.

Pogolotti, Graciella. Para dialogar con los jóvenes. Disponible en: <http://www.juventudrebelde.cu/cuba/2010-02-13/>

---